

Sublimidad y proximidad del amor

Luis Armando Aguilar Sahagún

La vida humana suele presentarse como un conjunto de procesos que la hacen parecer sumamente compleja. En el orden de la convivencia esta nota se acentúa por el predominio de lo que parece la guerra de todos contra todos, el desencuentro entre personas, generaciones y pueblos, por el predominio del propio interés por encima de los demás y del bien común. De tal modo hemos construido la “casa común” que ya no es reconocible como tal. Somos los autores del infierno que nos ahoga, envenena y atormenta. No es difícil reconocer que el origen de este drama está en lo que podemos llamar desvinculación fundamental entre los hombres.

Como trasfondo de esa complejidad está, sin duda, la realidad humana que, para su desarrollo, exige la atención de múltiples aspectos, todos ellos enmarcados en su condición finita y vulnerable. *Finitud* quiere decir limitación, en todos los aspectos. *Vulnerabilidad* significa fragilidad, no sólo física, sino también mental, afectiva y moral, misma que se refleja en lo más profundo del ser y del actuar personal, interpersonal y social. El “animal vulnerable” (J. Masiá) está amenazado por sus propias ambigüedades. La dificultad de ser quien puede llegar a ser y de vivir a la altura del valor supremo que es para sí mismo, puede ser hasta cierto punto superada, en la medida en que la vida y la acción humanas parten de la capacidad más asombrosa que tiene el hombre, que es su capacidad de amar. Podemos plantear la pregunta de lo que pasaría si todos los seres humanos actuásemos a partir del reconocimiento de nuestro “ser- don”, para nosotros mismos y para los demás, “creado” y por lo mismo en respuesta a quien nos da el ser y la vida. Nuestro mundo se parecería más al mundo que soñamos en nuestros momentos más serenos, y que corresponde al mundo proyectado por el Creador, quien nos ha dado a conocer su plan, ya perceptible en las estructuras más básicas de lo real. Cuando actuamos de ese modo, advertimos que la acción humana requiere del amor para alcanzar su estatura verdaderamente humana. Este es el supuesto antropológico elemental que sustenta la visión cristiana del hombre.

El amor es en cierto modo el parámetro más sublime y más próximo a nuestra experiencia común. Su sublimidad se deja sentir en las expresiones concretas en las que lo vemos expresado exento de toda ambigüedad. Es en ellas en donde advertimos su semejanza con la acción del “amor originario”, el misterio del Dios eterno y agraciante que en cada instante convalida su sí a la creación - su “alter” - a la que sigue dando el ser y el poder desplegarse en el conjunto de todos sus procesos: cosmogénesis, biogénesis, antropogénesis, como los describe el eminente paleontólogo jesuita Teilhard de Chardin. La sublimidad del amor ha sido percibida en el modo de proceder de quien, humanamente, ha establecido la comprensión de lo divino de forma visible, palpable y concreta. Se ha llamado a Jesús de Nazaret “el profeta del amor”. Su modo de proceder plasma tanto su modo de ser como su ser la plasmación personificada del amor originario, a quien él llamaba “Padre”. Toda su vida, en cada uno de sus gestos, palabras y acciones es esta plasmación.

El misterio del ser que tanto ha asombrado a los filósofos de todos los tiempos no es otra cosa que este amor, constatado en el asombro, la gratitud y la respuesta, de quienes han descubierto en sus vidas que el Dios eterno se ha autocomunicado de forma definitiva a toda la humanidad en ese hombre.

La religión cristiana puede ser entendida como el intento de dar concreción a la respuesta que hacen los seres humanos a la pregunta planteada por el salmista “¿Cómo le pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?” Un decir que se deletrea en acciones y que se suma de forma convergente a la acción de toda la creación.

La sublimidad del amor se desprende, así mismo, del hecho de constituir la posibilidad que el hombre tiene de salir de sí, de hacer del otro, por así decirlo, el centro de su centro - su pensamiento y voluntad, el núcleo íntimo de sus afectos -; del hecho de poder cuidar y ser el “pastor del ser” (M. Heidegger), más allá de sí mismo, al sí mismo de todas las creaturas, sobre todo, el sí mismo del prójimo, de ese que es su semejante, sin perder su particular e irreductible diferencia. Particularmente, en los semejantes a quienes se ha negado su humanidad, quienes han sido dañados, olvidados, desfigurados en su dignidad por los actos de desconocimiento de su ser y sus derechos, por formas de vida común que impiden su desarrollo.

El hombre llega a percibir que el amor es su más auténtica vocación en la paradoja de su propia pequeñez, su mezquindad, su autoreferencialidad. Este hecho común se ve interpelado una y otra vez por la presencia de los demás, la irrupción del otro que nos cuestiona, nos denuncia, nos mueve a reconocer nuestra insuficiencia, nuestra precariedad, nuestra incapacidad de actuar a partir de la gratuidad y de la voluntad de correspondencia.

La amistad y el amor erótico son como una fiesta del saberse en compañía, del ser uno para el otro y con el otro. Son la ocasión para descubrir la fuerza de los vínculos, la belleza del dar, del recibir, del caminar juntos, del poder ser bendición para el objeto de nuestro amor. El amor de donación es la otra posibilidad del hombre. Es, a la vez, acto deliberado y acontecer espontáneo. La voluntad de amor puede ser objeto de una determinación, como el querer y optar por actuar, dentro de límites que llegan a parecer infranqueables, desinteresadamente; que puede operar como un motor más eficaz y capaz de hacer feliz que la búsqueda del propio querer e interés.

Es verdad que esta voluntad puede ir acompañada de una mezcla de sentimientos espurios que debilitan o aun quebrantan el impulso inicial de actuar en razón del bien fuera de sí. Por eso, cuando el hombre descubre que, en verdad, ha sido capaz de amar más allá del propio interés, advierte que, paradójicamente, la fuerza para hacerlo no proviene de sí mismo, sino de ese núcleo personal en el que resulta difícil reconocernos como únicos autores, idénticos a nosotros mismos. Un núcleo que no es un vacío, ausencia de un ser con identidad propia, sino un “yo” alterado por una presencia con la que logramos identificarnos en la medida en que la reconocemos mayor que nosotros mismos, y que por eso podemos caracterizar como “presencia fontanal”. San Agustín se refería a Dios como “más íntimo que mi propia intimidad y más grande que todo lo pensable”. El propio interés ha sido postergado, incluso

olvidado, de frente a la necesidad del otro, así sea en algunos gestos. La acción amorosa es sublime, porque su altura es visible desde nuestra propia pequeñez. La grandeza de esas acciones e incluso de lo que, para la comprensión judía y cristiana del hombre, puede llegar a configurarse como forma de vida se muestra como contrapunto de lo que, a esa luz, aparece como nuestra propia miseria y “nada”. Hace falta una dosis de sentido del humor para no inquietarse demasiado al constatar la mediocridad del don de sí que hacemos de nosotros mismos cuando nos entregamos. El don de sí no constituye propiamente al amor. Es su expresión más alta y acabada, pero presupone al amor.

En realidad, el amor desinteresado no aniquila, sino que afirma a la persona, haciendo del “yo” una realidad en referencia a los otros. Esta forma de cualificación de la acción del hombre puede ser también la más espontánea y, en ese sentido, la más próxima. No es comprensible que el hombre, un ser con una fuerte propensión al autocentrismo, puede abrirse a los demás y vivir de esa forma si no es apelando al amor originario como su condición última de posibilidad: el Dios-amor de quien provenimos y ha impreso en nosotros su imagen. Vivir, para los hombres, es poder desear y elegir que esa imagen sea nuestro verdadero sello. Esta realidad se hace reconocible en la luz que ilumina los rostros y las vidas de los otros. Los seres humanos cuentan con la posibilidad de que ese sello sea así mismo la clave que configura la vida común, la acción social, la manera de velar unos por otros en el microcosmos de la casa común. Las implicaciones políticas y económicas de esta configuración son el objeto de una Ética social a la altura de la dignidad humana, de la que ya hay ejemplos concretos, como los modelos de economía solidaria. No puede ser remoto al hombre lo que lo asemeja con el origen de la vida, con la fuente de todo bien. Nada es más próximo al ser humano que el origen de su humanidad. Nada es más cercano a sus obras que quien plasma “su corazón y sus entrañas”, el Dios que es donación y acción incesante en todas las cosas.